

JUAN ESLAVA GALÁN



HISTORIA
de ESPAÑA

contada para

ESCÉPTICOS

En este libro, que abarca desde los caníbales de Atapuerca hasta el talante del presidente Zapatero, no he pretendido escribir la historia que escribiría el pueblo, ya que el pueblo es ágrafo por naturaleza, sino, más bien, una Historia de España contada para escépticos que no creen en la Historia de España. No pretendo que sea veraz, justa y desapasionada, porque ninguna historia lo es, pero por lo menos intentaré que no mienta ni tergiversar a sabiendas, que ya es un propósito sobradamente ambicioso en los tiempos que corren. Además procuraré que sea amena y documentada (pero el escéptico sabe que los documentos también se manipulan en el instante mismo en que nacen) y si el lector aprende algo de ella me daré por bien pagado (Juan Eslava Galán).

Prólogo

Aquel día se abrieron los cielos y llovió tanto que el autobús en el que regresaba de un viaje escolar a Granada tuvo que abandonar la carretera principal, cortada por las inundaciones, para aventurarse por intrincados carriles embarrados. El conductor, un viejo anarquista de gorra proletaria y cigarro liado a mano, no cesaba de murmurar: «Así se escribe la historia de España». Me quedó la imagen de que la historia de España es un sendero tortuoso, lleno de baches y lagunas cenagosas, por el que avanzamos a tumbos en una tenebrosa noche de invierno.

Aquella memorable noche, en uno de los altos forzosos, típicos guardias civiles de capote largo y tricornio nos tuvieron parados a un lado de la carretera cosa de hora y media porque había que dar paso a no sé qué camiones y material de obras públicas que se esperaban en sentido contrario. Dio tiempo más que sobrado para que los que íbamos sentados en los asientos delanteros recibiésemos una lección magistral del conductor.

Sostenía el ateneísta que la historia de España que nos enseñaban en los colegios la habían escrito por encargo de reyes y curas para esclavizar al pueblo.

—¿Y por qué no la escribe el pueblo? —me atreví a preguntar.

—Porque el pueblo no sabe escribir ni tiene memoria —sentenció el académico—. La única memoria es la de los que mandan, y ellos la escriben a su gusto, arrojando el asca a su sardina y escondiendo la basura debajo de la alfombra.

Aquel hombre era un escéptico. Es decir, pertenecía al número de los escépticos, los que no creen, o afectan no creer, en determinadas cosas.

Ahora, cuando asistimos a la liquidación por derribo de esta inhóspita posada que llamamos España (a la que algunos, sin embargo, amamos tanto, a lo mejor por sus defectos y carencias), parece que es buena ocasión de contar cómo se hizo (dejaremos a otros contar cómo se deshizo). No pretendo escribir la historia que escribiría el pueblo, que el pueblo es ágrafo por naturaleza, sino más bien una historia de España contada a los escépticos que no creen en la historia de España. No voy a decir que es veraz, justa y desapasionada, porque ninguna historia lo es, pero por lo menos no miente ni tergiversa a sabiendas, que ya es bastante en los tiempos que corren. Además, he procurado que sea amena y documentada (pero el escéptico sabe que los documentos también se manipulan en el instante mismo en que nacen), y si el lector aprende algo de ella, me dará por bien pagado. No está hecha para halagar a reyes y gobernantes (de los que el autor hablará mucho, dejándose ganar por el novelista que también es), ni pretende halagar a los banqueros, ni a la Conferencia Episcopal, ni al colectivo gay, ni a los filatélicos, ni a los sindicatos. El autor ni siquiera aspira a merecer la aprobación indulgente de los críticos, ni a servir a una determinada escuela histórica, ni a probar tesis alguna. A lo mejor, por eso, se deja llevar por su curiosidad e indaga en las vidas de los poderosos, en lugar de dedicar el mayor espacio a divagaciones socioeconómicas más a la moda. No por gusto, ciertamente, sino porque está convencido de que una de las miserias determinantes de nuestra historia es que el errático y a menudo patético rumbo de España ha sido determinado por gobernantes incompetentes y tarados.

Por cierto, la feliz frase «¡Así se escribe la historia!» es de Voltaire, y aparece en una carta a *madame* Du Deffand

(«¡Así se escribe la historia, y vaya usted a fiarse de lo que dicen los sabios!»).

El escéptico lector queda advertido.

Capítulo 1

Una piel de toro extendida

En la antigüedad, la península Ibérica estaba habitada por un abigarrado mosaico de tribus que constituían unas cien comunidades autónomas, unas más desarrolladas que otras y tan mal avenidas que las guerras entre vecinos eran el pan de cada día. Los recios nombres de aquellos pueblos indómitos y guerreros resuenan en los folletos turísticos y libros de viajes escritos por Estrabón, Avieno, Mela, Plinio el Viejo y Ptolomeo: lusones, titos, belos, carpetanos, vacceos, vetones, turmódigos, berones, autrigones, caristios, várdulos, cántabros, astures, galaicos, lusitanos, turdetanos, bastetanos, oretanos, mastienos, libiofénices, deitanos, contestanos, edetanos, ilergetes, suesetanos, ausoceretas, bagistanos...

Sin entrar en tanto detalle, *grosso modo*, los españoles de entonces se dividían en dos grandes familias: los celtas y los iberos. Los celtas, que ocupaban la meseta y el norte, eran más feroces y pobres que los iberos de las fértiles comarcas agrícolas y mineras del sur y el Levante. Las regiones más desfavorecidas estaban infestadas de bandidos, y sus moradores organizaban de vez en cuando expediciones de pillaje contra las más ricas.

Como ahora, el país era montuoso, mal comunicado y proclive a las sequías y a las inundaciones, a los veranos abrasadores y a los helados inviernos, pero, al parecer, todavía no había prendido en sus habitantes la pasión arborícola, y los encinares y alcornoques, los hayedos y los robledales abundaban hasta tal punto que una ardilla que se propusiera aparecer en el libro *Guinness* de los récords podía atravesar el país saltando de árbol en árbol, sin tocar tierra más que para recolectar alguna que otra golosa nuez. Había también praderas, más o menos verdes, donde pastaban a sus anchas rebecos y caballos salvajes, y espejeantes lagunas, donde abundaban los ánsares, las pochas y las avutardas, y apacibles ríos, donde chapoteaban nutrias y castores, y se criaban peces diversos y arenas auríferas. En sus montes tampoco faltaban los olivos, las higueras, la dulce vid, el esparto y las plantas tintóreas que la industria aprecia.

Las pintorescas costumbres de los feroces y entrañables indígenas sorprendían mucho al visitante. Los lusitanos se alimentaban principalmente de un recio pan, que confeccionaban con harina de bellota, y de carne de cabrón (el macho de la cabra, naturalmente). Además cocinaban con manteca, bebían cerveza, practicaban sacrificios humanos y observaban la entrañable costumbre de amputar las manos a los prisioneros.

Los bastetanos, hombres y mujeres bailaban cogidos de la mano una especie de sardana, y calentaban la sopa introduciendo una piedra caliente en el cuenco.

Entre los cántabros existía la curiosa ceremonia de la covada: el presunto padre de la criatura por nacer se metía en la cama y fingía los dolores del parto, mientras la parturienta seguía cavando el sembrado, o se afanaba en las labores domésticas, indiferente a las contracciones, hasta que daba a luz. Además, «es el hombre quien dota a la mujer y son las mujeres las que heredan y las que casan a sus hermanos; esto constituye una especie de ginecocracia, régimen

que no es ciertamente civilizado», señala Estrabón (III, 4, 17-18).

En la Cerdaña y el Puigcerdá, hogar de los carretanos, se producían excelentes jamones, cuya venta «proporciona saneados ingresos a sus habitantes».

Los astures, por su parte, observaban la higiénica costumbre de enjuagarse la boca y lavarse los dientes con orines rancios.

Los celtíberos eran crueles con los delincuentes y con los enemigos, pero compasivos y honrados con los pacíficos forasteros, hasta el punto de que se disputaban la amistad del visitante y tiraban la casa por la ventana para agasajarlo. Parte del agasajo consistiría probablemente en agarrar una buena curda con la bebida nacional, una mezcla de vino y miel o, si ésta faltaba, con una especie de cerveza de trigo, la *caelia*. Según Silio Itálico: «Queman los cadáveres de los que mueren de enfermedad, pero los de los guerreros muertos en combate los ofrecen a los buitres, a los que consideran animales sagrados».

Los vaceos practicaban una especie de comunismo consistente en repartir cada año las tierras y las cosechas de acuerdo con las necesidades de cada familia. El politburó era extremadamente severo: los acaparadores de grano y los tramposos eran ejecutados.

Para muestra ya está bien. Así eran los remotos habitantes de la Península. Si en algo se parecían entre ellos era en ser gentes de pelo en pecho. Los crucificaban y seguían cantando, caía el jefe y se suicidaban sobre su tumba, despreciaban la vida y amaban la guerra sobre todas las cosas. La de vueltas que ha tenido que dar el mundo para que ahora sus descendientes se nieguen a ejercer el noble oficio de las armas, y el ejército se vea obligado a contratar mercenarios extranjeros.

Tanta rudeza era compatible con el amor a la belleza e incluso con cierta tendencia a recargar la ornamentación. Recuerde el lector a la Dama de Elche. En realidad, si nos

fijamos en el tocado femenino, había para todos los gustos, según tribus, desde aquéllas en las que, como Rita Hayworth, ampliaban la frente afeitándose, hasta las que se enrollaban el cabello y formaban sobre la cabeza un tocado fálico, dos usos que perduraron hasta, al menos, el siglo XVII en el País Vasco.

En esta Babel de tribus no existía conciencia alguna de globalidad. Fueron los buhoneros fenicios y griegos, llegados al reclamo de nuestras grandes riquezas minerales, quienes consideraron la Península como una unidad, los primeros que percibieron que, por encima de la rica variedad de sus hombres y sus paisajes, aquello era España.

¿España?

Sí, escéptico, lector: ESPAÑA. Ya entonces se llamaba España. La hermosa palabra fue usada por los navegantes fenicios, a los que llamó la atención la cantidad de conejos que se veían por todas partes. Por eso, la denominaron *isheph-am-im*; es decir: «el país de los conejos», de la palabra *shapán*, «conejo».

No el león, no el águila: durante mucho tiempo el humilde, evocador y eufemístico conejo fue el animal simbólico de España, su tótem peludo, escarbador e inquieto. El conejo se acuñaba en las monedas y aparecía en las alusiones más o menos poéticas; la caniculosa Celtiberia, como la llama Catulo (*Carm.* 37,18), es decir, la conejera, España la de los buenos conejos.

No era el simpático roedor el único bicho que llamaba la atención por su abundancia. Los griegos también llamaron a la Península *Ophioússa*, que significa «tierra de serpientes». No obstante, para no espantar al turismo, prefirieron olvidarse de este nombrecito y adoptar el de Iberia, es decir la tierra del río Iber (por un riachuelo de la provincia de Huelva, probablemente el río Piedras, al que luego destronó el Ebro, que también se llamaba Iber). No obstante, el nombre que más arraigó fue el fenicio, el de los conejos, que fue adoptado por los romanos en sus formas Hispania

y Spania. De esta última procede España, bellissimo nombre que durante mucho tiempo sólo tuvo connotaciones geográficas, no políticas. Por eso, el gran escritor luso Camoens no tiene inconveniente en llamar a los portugueses «gente fortissima de Espanha».

«España —escribió Estrabón—, se parece a una piel de toro extendida... Casi toda ella está cubierta de montes, bosques y llanuras de suelo pobre y desigualmente regado. El norte es muy frío; por ser muy accidentado y estar al lado del mar, se encuentra incomunicado respecto a las demás tierras, así que resulta inhóspito. El sur es, casi todo él, fértil, especialmente la zona próxima al estrecho de Gibraltar».

Durante bastante tiempo esta tierra de conejos estuvo más abierta a África que al resto de Europa. La verdad es que los doce kilómetros del estrecho de Gibraltar resultaban más fáciles de salvar que los escarpados Pirineos. De hecho, los iberos procedían del mismo tronco que los bereberes africanos, y los romanos incluso consideraron su colonia marroquí, la Mauritania Tingitania, una provincia de Hispania. Del mismo modo, Fernando III el Santo, el rey más despabilado de nuestra historia, consideraba natural continuar la reconquista en tierra africana. De no haber muerto cuando preparaba la expedición, quién sabe si ahora parte del Magreb sería cristiano.

Capítulo 2

Hombres y monos

—¿Que los iberos procedían de África?

Pues sí, escéptico lector: no sólo los iberos, sino sus remotos predecesores, los que poblaron estas tierras mucho antes que ellos. La propia especie humana procede de África, y esto incluye a todas las razas, nacionalidades, credos y creencias. El hombre, como se sabe, es resultado de una lentísima evolución que comenzó en África oriental hace entre cuatro y diez millones de años. El primero fue el *Australopithecus afarensis*, con un cerebro de unos quinientos centímetros cúbicos, apenas la cuarta parte del hombre actual. A partir de él se desarrollaron varias familias de *Australopithecus* a lo largo de millones de años: la pequeña y frágil *africanus*; la más corpulenta *robustus*, en el sur de África; la *boisei*, en el este de África, y quizá alguna otra. De todas ellas, la única que perduró fue la que produjo el *Homo habilis*.

El *Homo habilis* o «ser humano diestro», hace unos dos millones de años, mes arriba mes abajo, era ya un hombre hecho y derecho, a pesar de su aspecto simiesco. Con un cerebro de setecientos centímetros cúbicos sabía servirse del fuego y hasta fabricar toscas herramientas de piedra

golpeando un canto rodado de sílex o cuarzo y haciendo saltar lascas de ambas caras hasta obtener un filo cortante.

No era fácil la vida del *Homo habilis*. Al evolucionar se había hecho omnívoro y vagaba por la sabana devorando todo lo que le venía a mano: raíces, frutos, tallos tiernos, huevos, larvas, lagartos. No le hacía ascos a casi nada, ni siquiera a los cadáveres, porque el cuitado era todavía mal cazador y se contentaba con la carroña dejada por los tigres de grandes colmillos y otras fieras que señoreaban la llanura. También era, a menudo, víctima de estos terribles predadores.

Del *Homo habilis* se derivaron, por anagénesis, las especies posteriores: el *Homo erectus* y el *Homo sapiens*.

El *Homo erectus*, desarrollado hace unos 1,6 millones de años, era un sujeto fornido, de hasta 170 centímetros de estatura y, a pesar de sus facciones bestiales, alcanzaba ya una capacidad craneal de entre 850 y 1250 centímetros cúbicos, un setenta por ciento de la del hombre moderno, lo que no está mal. En un lento proceso, el *Homo erectus* fue extendiéndose por la faz de la tierra: después de ocupar toda África, pasó a Asia y a Europa hace 1,5 millones de años.

Capítulo 3

Los primeros españoles

La prehistoria española es todavía un terreno controvertido. ¿Recuerda el escéptico lector lo que aconteció a aquel grupo de ciegos que palpó un elefante para averiguar qué clase de animal era? A uno le tocó la cola y dijo que el elefante es alargado y cilíndrico, como la serpiente; los que palparon las patas coincidieron en que tiene forma de columna; los que reconocieron las orejas aseguraron que, mas bien, es parecido a la raya de mar, sólo que con cerdas, y el que había palpado la cabeza lo encontró más parecido a la tortuga gigante del Pacífico. Algo parecido acaece con los paleoantropólogos y con los prehistoriadores. Se han propuesto describir la evolución de la humanidad en grandes períodos de tiempo y sólo disponen de escasos y, a veces, dudosos restos, lo que determina que sus hipótesis y conclusiones sean, casi siempre, aventuradas y provisionales. Con un trocito de hueso deben cubrir el devenir de la humanidad a lo largo de milenios; de una docena de piedras talladas deducen el grado de inteligencia que asistía a los hombres que las produjeron. Al poco tiempo, el hallazgo de otro trozo de hueso o de otros cantos tallados en distinto lugar, o asociados a distintos estratos, invalida las anteriores teorías. Con esto no quisiéramos desautorizar la pa-

leoantropología ni la arqueología del hombre remoto. Es más, nos parecen ciencias muy necesarias y, sin duda, constituyen la más apasionante actividad que una persona puede emprender sin quitarse los pantalones. Lo que pretendemos decir es que el escéptico lector hará bien en someter las etapas prehistóricas a una especie de cuarentena hasta que el asunto se aclare. Esto atañe también, naturalmente, a la prehistoria de nuestra Península, tan proclive a modas y oscilaciones. Vicens Vives, que era un gran escéptico, hizo notar que los mismos datos se interpretan de manera radicalmente distinta según el historiador sea de la escuela de Bosch Gimpera (partidario del iberismo) o de Almagro (partidario del celtismo). También es de señalar que, a menudo, los prehistoriadores se ponen al servicio de la ideología dominante. En los años cuarenta, cuando España marchaba por la senda del imperio hacia Dios, se proclamaba la existencia de un absurdo unitarismo antes de la llegada de Roma. El lector de cierta edad recordará la matraca que le dieron con las gestas de Sagunto y Numancia. Luego, transcurridas unas décadas, cuando el marxismo se puso de moda en la universidad, la historia comenzó a verse bajo el prisma de lo económico, de la plusvalía y de la lucha de clases, cuadros comparativos y grandes rimeros de cifras en gruesos apéndices, que más que libros de historia parecían informes de gestión de una entidad bancaria.

Sentadas estas advertencias, vayamos a la prehistoria (provisional) de España.

El fósil más antiguo encontrado hasta hoy en España es el fragmento de cráneo fosilizado de Orce (Granada), cuya edad se calcula entre 1,5 y 1,8 millones de años.

Hace unos novecientos mil años, varios individuos del *Homo erectus* se dejaron olvidados unos guijarros tallados en un paraje de Cádiz conocido como El Aculadero. ¿De dónde procedían? Seguramente de África. ¿En qué aventuras pateras habían cruzado el Estrecho? ¿Qué fue de ellos? No lo sabemos. Siendo nómadas que vivían de la re-

colección, y, en menor medida, de la caza y de la pesca, permanecieron una temporada en El Aculadero y luego se mudaron sin dejar más rastro que aquellas herramientas, y vaya usted a saber adónde fueron a morir.

Los caníbales de Atapuerca

Los vestigios humanos más interesantes de la Península han aparecido en una zanja de veinte metros de profundidad, excavada en la sierra de Atapuerca (Burgos) a finales del siglo XIX para abrir paso al ferrocarril. Son los restos de una antigua comunidad, bautizada como *Homo antecessor*, o sea, «explorador», que habitó aquellos parajes hace un millón de años. El grupo mejor representado de estos individuos viviría hacia la mitad del pleistoceno medio (entre setecientos ochenta mil y ciento veinte mil años antes de nuestra era). Todavía faltaban unos cientos de miles de años para que apareciera el hombre de Neandertal en Europa, pero los *Homo antecessor* de Atapuerca ya lo anunciaban. Eran más bien bajitos, desconocían el fuego, vivían de la recolección de plantas y frutos comestibles y, después de comer, se escarbaban los dientes con un palito, o no lavaban las verduras (dos posibles explicaciones, no necesariamente excluyentes, de las rayadas que revela al microscopio el esmalte de sus dientes).

Los individuos de Atapuerca arrastraban una vida miserable. Vivían de las sobras de otros carroñeros más remilgados, es decir de lo que despreciaban las hienas. En su vecindad había ciervos y caballos, pero también, esto les gustaría menos, leones. Eran gente muy aprovechada, que, en la procura de las necesarias proteínas, no dudaban en comerse a sus propios difuntos. El examen de los dientes revela, además, «carencias alimenticias y problemas de desa-